

---

*Editorial*

---

El hecho de que un número extraordinario de una revista llamada «Encuentros en la Biología» se destine a analizar el concepto de muerte puede resultar, de entrada, sorprendente. De hecho, siendo la biología la rama de la ciencia que se encarga de estudiar todo lo relacionado con la vida, lo orgánico y los procesos biológicos de los seres vivos, la muerte parece no tener cabida en su área de conocimiento. Nada más lejos de la verdad. Desde los inicios de la ciencia, los diferentes intentos por definir la vida se han ido sucediendo sin llegar a ofrecer, de una forma concluyente, una propuesta satisfactoria y unificadora. Por poner un ejemplo, si nos vamos a una de las mejores definiciones de vida, la aportada por Lynn Margulis «Captando genomas. Una teoría sobre el origen de las especies», la vida podría definirse como «la capacidad de administrar los recursos internos de un ser físico de forma adaptada a los cambios producidos en su medio, sin que exista una correspondencia directa de causa y efecto entre el ser que administra los recursos y

el cambio introducido en el medio por ese ser, sino una asíntota de aproximación al ideal establecido por dicho ser, ideal que nunca llega a su consecución completa por la dinámica del medio». Como se puede comprobar, esta definición es, de todo, menos sencilla, clara, rotunda, tajante o determinante. Pero no podemos culpar por ello a la gran Margulis. La vida es un fenómeno tan extraordinariamente complejo y diverso que es muy difícil, por no decir imposible, que se conciba de una forma unitaria y rotunda. Sin embargo, y aunque sea una trampa semántica, todos tenemos una idea intuitiva de lo que es la vida que coincide, precisamente, con la de fenómeno contrapuesto a la muerte. Es por ello, y porque desde siempre ha fascinado a la humanidad, por lo que hemos sacado a la luz este número extraordinario que esperemos que disfruten.

Victoria de Andrés